

**“EGIPTO ES UN DON DEL NILO”: LA INUNDACIÓN ANALIZADA DESDE EL
PUNTO DE VISTA GRIEGO**

‘Egypt is a gift of the Nile’: the flood analyzed from a Greek point of view

María Engracia Muñoz-Santos

Vol. XII | n°24 | 2015 | ISSN 2316 8412



“Egipto es un don del Nilo”: La inundación analizada desde el punto de vista griego

María Engracia Muñoz-Santos¹

Resumen: El espíritu científico e investigador de los antiguos griegos no pudo resistirse a indagar sobre las causas de las crecidas del río Nilo. Muchos de ellos solo señalaron el desbordamiento y otros conjeturaron sobre este. A veces, desde el punto de vista egiptológico, olvidamos cuán interesantes son las fuentes clásicas para desarrollar una metodología pluridisciplinar y conocer mejor aquellos momentos.

Palabras-clave: Río Nilo, Inundación, Fuentes Griegas, Egipto Ptolemaico.

Abstract: The scientific and research spirit of the ancient Greeks could not resist to investigate the causes of the flooding of the Nile River. Many of them just remarked its overflow, and others just speculated about its causes. Sometimes, from the point of view of the Egyptology, we forget how interesting are the classical sources to develop a multidisciplinary approach as well as a better understanding of those times.

Keywords: Nile River, Flood, Greek Sources, Ptolemaic Egypt.

Egipto ha despertado desde siempre una importante fascinación, curiosidad y atracción en otras culturas y civilizaciones. Se considera que fueron los griegos los primeros en ser seducidos por el país del Nilo ya que los primeros contactos entre habitantes de ambos lugares comienzan a darse muy pronto, exactamente desde el III milenio a.C. Son sus textos los que han perpetuado, hasta nuestros días, esta pasión. Por ello, y por ser la fuente más temprana sobre temas considerados científicos y que los egipcios nunca trataron, es importante tener en cuenta sus textos y analizarlos con detenimiento ya que pueden aportarnos una gran información.

La visión del otro por parte de Grecia, considerada como la civilización en toda la extensión de la palabra, desde su posición de centro, les hizo concebir a la periferia de su mundo heleno como “el resto del mundo” y, por tanto, el resto era bárbaro pero, al mismo tiempo, era proveedor de bienes lujosos y de prestigio. Grecia tenía una visión de estas tierras como de lo exótico. Pero también de lo subordinado y “helenizable”, es decir, civilizable. Grecia era el centro cósmico y geográfico.

Es con estos ojos con los que los viajeros griegos fueron hasta las tierras del Nilo: filósofos, eruditos, sabios, estudiosos, indagaron y buscaron respuestas a grandes preguntas que, en muchos casos, ni los sacerdotes, en muchas ocasiones, podían responder. Es esa necesidad de conocimiento insaciable, por parte de Grecia, la que creó grandes obras referidas a Egipto y, en el caso que nos ocupa, al Nilo.

¹ Albert-Ludwigs Universität Freiburg (Investigadora invitada), Alemania; y estudiante de Máster interuniversitario “Mediterráneo Antiguo” en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), España; y Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), España.

Egipto era un lugar muy rico, esto se debía a las crecidas del río que lo atraviesa y fertiliza: el Nilo. Filósofos, geógrafos e historiadores helenos, que llegan al país del Nilo hacia finales del siglo VII a.C., comienzan a indagar sobre los secretos que provocaban que Egipto fuese un lugar con unas características tan especiales (PÉREZ, GÓMEZ, 2003).

Es interesante el acercamiento que estos primeros eruditos realizan. Teorizan sobre los motivos de la crecida y también sobre las consecuencias del aumento del caudal y el desbordamiento del Nilo. Pero siempre lo hacen desde un punto de vista helenocéntrico (FUTRE, 1995). Llegan incluso a comparar los hechos acontecidos al respecto con ríos de su propia patria que, por supuesto, conocen perfectamente. Egipto era un mundo bárbaro para ellos, no era un espacio civilizado, así que, salvo pocas excepciones, tendrán en cuenta las teorías y los testimonios de los propios egipcios.

“Egipto es un don del Nilo” parafraseaba Heródoto: “Egipto a la que los griegos llegan con sus naves es, para los egipcios, una tierra ganada al mar y un don del río” (HERODOTUS. II, 5, 1) a Hecateo según Arriano (ARRIAN. *Anabasis Alexandri* V, 6, 5).

El propio nombre del río, el Nilo (Νεῖλος), ha llegado hasta nosotros desde el griego a través del latín (*Nilus*). Los egipcios de la antigüedad lo denominaban *itrw* (Iteru) que literalmente significa simplemente “río” (FAULKNER, 1962) y estaba personificado en el dios Hapy (CORTEGGIANI, 2007) que según dice Pausanias tenían en Psófides las imágenes de los ríos personificados, junto con otras de otras riveras, todas ellas realizadas en mármol blanco, pero la del Nilo había sido realizada en mármol negro, aunque la verdadera explicación se pierde en este texto (del c. 150 d.C.): “Las imágenes de todos los ríos, excepto la del Nilo egipcio, están hechas de mármol blanco. Pero las imágenes del Nilo, porque baja hasta el mar a través de la región de los etíopes, acostumbran a hacerlas de mármol negro” (PAUSANIAS. *Description of Greece* VIII, 24, 11). La elección específica de este color podría deberse al limo tan beneficioso para la tierra o una herencia de la propia representación del dios en la mitología egipcia, Hapy, que era de color oscuro, o incluso del mismo Osiris, representado en este color debido a su relación con la regeneración y el renacimiento, en íntima conexión con la vida de la naturaleza del Nilo, observada por los egipcios desde los primeros tiempos de la neolitización.

Pero el primer autor griego en denominar al río como “Nilo” fue Hesíodo (c. 700 a.C.) en la *Teogonía* cuando escribe “Tetis con el Océano parió a los voraginosos ríos: el Nilo, el Alfeo, el Erídano de profundos remolinos [...]” (HESIOD. *Theogony* 340). Según Aristóteles, el nombre “Nilo” vendría dado por el limo que arrastra durante la crecida.

“Él trae cada año el nuevo limo, y de ahí que se llame Nilo” (HELIODORUS. XXII, 5) y Heliodoro nos cuenta que “el Istro y el Nilo son los mayores de los ríos que desembocan en este mar” (HELIODORUS. IX, 21, 5). En algunos autores hay una confusión entre el nombre del río y del país, así al Nilo lo llaman “Egipto”, como hace Homero en la *Iliada*, cuando en realidad quieren referirse al río (HOMER. *Iliad* II, 57; *Odisey*. III, 300; IV,

355, 477, 581; XIV, 258; XVII, 427), como apuntan Pausanias (PAUSANIAS. IX, 40, 7) o Porfirio (PORPHYRIO. *Himns* XLII, 10).

Heródoto, Hecateo y Aristóteles, tenían razón, y es que Egipto no sería nada sin su preciado Nilo. Decía este último autor sobre este país que “parece todo acabado de formar y ser obra del río” (ARISTOTLE. *Metaphysics* 352b). Estas afirmaciones se deben a la famosa crecida del Nilo que aporta nutrientes (PARRA, 2009). Eran las inundaciones anuales las que condicionaban las actividades económicas, la religión, la política y la vida en general a los antiguos egipcios. La inundación ocurría entre los meses de julio y octubre, el desbordamiento del Nilo sumergía las tierras cultivables de gran parte del valle fluvial y del delta. El Nilo regresaba a su cuenca durante los meses de abril y junio. De noviembre a abril los campos eran fértiles, cultivándose en esos momentos los alimentos que se consumirían durante todo el año. La inundación, por lo tanto, permitía una cosecha anual (BOLAÑOS, 2003).

Son muchos los autores griegos que se preguntaron sobre cómo se producía la inundación nilótica. Todos ellos tienen en común que llegan a conclusiones mediante una metodología deductiva, ya que nunca llegaron a estar en las fuentes del río. Su descubrimiento, y por tanto el conocimiento del verdadero funcionamiento del curso hidrológico del río no ocurrirá hasta el siglo XIX. De los primeros autores no han quedado testimonios directos, pero nos han llegado noticias de forma indirecta, ejemplos son Tales de Mileto (VII-VI a.C.), Anaxágoras de Clazómenas (V a. C.) y Enópides de Quíos (V a.C.).

Los primeros autores griegos que escriben sobre el Nilo son Eurípides (480-406 a.C.), Heródoto (484-425 a.C.), Esquilo (525-456 a.C.), Sófocles (496-406 a.C.) y Platón (427-347 a.C.), y además lo hacen sobre la crecida del río. Eurípides comienza su obra *Helena*, justamente haciendo referencia, tanto a esta como al origen de la misma, poniendo las siguientes palabras en boca de la protagonista, la bella Helena: “He aquí las bellas ondas virginales del Nilo, que, en lugar de la divina lluvia, riega los campos y el país de Egipto cuando la blanca nieve se disuelve” (EUR., *HEL.* 1). Para este autor es la nieve la que, al deshelarse, provoca la crecida. Otro autor del mismo siglo, Sófocles, también nos cuenta sobre la crecida y además añade las teorías sobre el motivo de esta, así nos cuenta que Anaxágoras (500-428 a.C.) pensaba que era por la nieve derretida en “las regiones por encima de Egipto”, coincidiendo por lo tanto con Eurípides. No podemos olvidar que ambos eran maestro y discípulo. Es Diodoro quien nos transmite sus palabras: “Dejando el agua del Nilo, la más bella de la tierra, el cual desborda sus corrientes desde la tierra etiópica de hombres negros, cuando se derrite la nieve” (DIODORUS SICULUS. I, 38, 4) y la misma teoría es la defendida por Esquilo (AESCHILUS. *Suppliants*, 558) y por Sófocles (SOPHOCLES. *Schol. a Apolonio de Rodas* ODAS I, V 269-7 la). Platón también hace referencia al motivo de la crecida, aunque para este autor es de abajo (desde el interior de la tierra) hacia arriba “es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la tierra” (PLATO. *Dialogues Timaeus*. 22e). Filón (15 a.C.-50 d.C.) retomará la idea de “hacia arriba” cuando describa el río: “Aquel envía desde lo alto la lluvia sobre la tierra, este lloviendo desde abajo hacia arriba, cosa en extremo paradójica, riega las tierras laborables” (PHILO

IUDAEUS. *Fragmenta* 180). Heródoto es el que más se explaya al respecto: “Pues bien, el Nilo, durante sus crecidas, inunda no solo el Delta, sino también parte del territorio que suele decirse que pertenece a Libia y a Arabia, y ello hasta una distancia de dos días de camino a una y otra margen; y a veces incluso más y a veces menos” (HERODOTUS. II 19,1), aunque esto último parece una exageración ciertamente, sigue diciendo “una vez alcanzado ese número de días, vuelve a su cauce y baja el nivel de su corriente, de manera que durante todo el invierno continúa bajo hasta un nuevo solsticio de verano” (HERODOTUS. II 19,2). Este autor alude al motivo del crecimiento, y es curioso que haga referencia a tres teorías de autores helenos y no egipcios, probablemente debido a ese razonamiento griego sobre la barbarie de los habitantes del Nilo *versus* al conocimiento y civilización griega, que pensaría el autor, probablemente tenía mucho más peso el razonamiento.

La primera teoría de Heródoto, compartida con Tales (624-546 a.C.), pero que conocemos a través de Aecio, autor muy posterior que lo analiza (396-454 d.C.) y que no hay que olvidar que es un general romano: “Tales cree que los vientos etesios, al soplar cara a Egipto, elevan la masa de agua del Nilo...” (AËTIUS IV 1,1), por Diodoro (90-30 a.C.): “Pues Tales, considerado uno de los Siete Sabios, afirma que los etesios al soplar contra las desembocaduras del río, le impiden verter al mar su corriente y, completamente desbordado por eso, inunda Egipto, que es bajo y llano” (DIODORUS SICULUS. I, 38, 2). Tanto Heródoto como Diodoro creen que esta explicación es imposible, el primero argumentando que el Nilo sigue inundándose aún sin que soplen los vientos etesios, a lo que añade que otros lugares con ríos que sufren estos vientos deberían comportarse como el Nilo y no ocurre así (HERODOTUS. II 20, 2); y para el segundo es “fácil” desmontar este razonamiento “todos los ríos que poseen desembocaduras contrarias a los etesios realizarían la misma subida” (DIODORUS SICULUS. I, 38, 3). La segunda explicación que aporta Heródoto y que él mismo califica de “exótica” es que “el Océano corre alrededor de toda la tierra” (HERODOTUS. II, 21). Heródoto tampoco da crédito a la tercera teoría, ya comentada arriba por otros autores, que es la de la nieve procedente de Libia a través de Etiopía (HERODOTUS. II, 21); Heródoto piensa que en Libia no puede existir nieve debido a que es una zona mucho más cálida que Egipto, lo razona defendiendo que es un lugar seco y muy caluroso y es por este motivo por el que sus habitantes, los etíopes, tienen la tez “negra” (HERODOTUS. II, 22, 4).

Resumiendo, aunque son mayoría los autores, de los que damos aquí cuenta, que defienden la teoría de que la crecida del río se debe a la nieve derretida corriente arriba (Eurípides, Anaxágoras, Esquilo y Sófocles), otros como Tales abogan por los vientos etesios y algunos como Platón o Filón se aventuran a dar explicaciones que podríamos denominar como fuera de lo razonable que hablan de agua que va de abajo a arriba, quizás haciendo referencia a una fuente de agua interior.

Es curioso que autores que no tenían una formación científica como Eurípides, Esquilo y Sófocles, que fueron dramaturgos, y que, por lo que sabemos, nunca visitaron Egipto, hagan mención al curso fluvial del Nilo en sus obras, un hecho tan específico. Quizás dentro de ese helenocentrismo su objetivo fuese el de

ambientar sus obras en un lugar lejano y exótico, e incluso puede que también proporcionasen a sus textos cierto nivel erudito incluyendo comentarios “científicos”, pero que siempre estarían basados en conocimientos de teóricos que circularían por Atenas en los ambientes intelectuales donde estos autores se movían.

En el caso de Tales y Anaxágoras, aunque se cree que solo el primero estuvo en el valle del Nilo, son dos filósofos que intentaron dar una visión cierta, con una metodología científica, al caso que nos ocupa.

Por último, Platón y Filón, del primero sí que sabemos con seguridad que visitó Egipto y el segundo que era nativo de Alejandría, además de neoplatónico; curiosamente dan las teorías más extrañas, aunque esto podría deberse a que el segundo apoya las teorías del primero que es su modelo a seguir, y el primero en realidad querría expresar algún tipo de metáfora didáctica como era tan habitual en sus obras.

A pesar del gran interés que despertaba este enigma para los griegos, pocos se aventuraron a buscar las fuentes del Nilo. Incluso Alejandro Magno estuvo interesado en conocerlas, aventurándose a decir, por error, que el Indo, como le había enseñado su maestro Aristóteles, era el comienzo del río Nilo (ARRIANUS. *Anabasis* II, 2). Dando por certera la hipótesis de su maestro, no intentó encontrarlas; grave error, puesto que, como sabemos, el Indo desembocaba en el océano. La muerte le llegó antes de su vuelta a Egipto por lo que no sabemos si hubiese sido el primer descubridor de las fuentes reales del Nilo ya que en sus planes de futuro estaba primero la conquista de Arabia y posteriormente la de África.

Hubo una expedición en que tomó parte Agatárquides, intelectual y erudito, durante el reinado de Ptolomeo II, que remontó el Nilo Azul buscando elefantes para cazar (ALBALADEJO, 2009), y llegó a la conclusión de que era la lluvia la que causaba la inundación: “Afirma que cada año se producen continuas lluvias en las montañas de Etiopía desde el solsticio de verano hasta el equinoccio de otoño” (DIODORUS SICULUS. I, 41,4). Parece, por lo tanto, que ya en este momento se comienza a conocer cuál era el fenómeno causante de la inundación.

Pero no siempre las crecidas del Nilo eran constantes y los autores también dejan por escrito la fuerza destructora del río, tanto por exceso como por defecto de la tan buena inundación. Platón, aludiendo a la muerte que produce en las ciudades la llegada del agua nos dice que “cuando los dioses purifican la tierra con aguas y la inundan, se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras, y los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos” (PLATO. *Dialogues Timaeus*. 22e). Por Calímaco (310-240 a.C.), en cambio, conocemos qué ocurría cuando la necesidad de agua era acuciante: “Busiris, rey de Egipto, siguiendo los dictados de una profecía, sacrificaba a los extranjeros que arribaban a sus dominios, creyendo así librar al país de una ya prolongada falta de las habituales crecidas del Nilo” (CALLIMACUS. *Fragmenta. Busiris y Fálaris*). Hoy se conoce a estos hechos naturales como “Nilo alto” y “Nilo bajo”, denominación que deriva del excesivo o escaso aumento de caudal, respectivamente, mientras que a la crecida óptima se le llama “gran Nilo” (BRESCIANI, 2001).

No volvemos a tener noticia de interés por la naturaleza del río hasta los textos de autores posteriores, ya a caballo entre las dos eras. Se trata, por ejemplo, de Estrabón (63 a.C.-19 d.C.) que retoma el tema de la inundación y nos aporta datos sobre el aspecto que tendría el valle inundado: “con la crecida del Nilo todo el país está bajo el agua y se convierte en un lago, a excepción de los asentamientos; y estos están situados en colinas naturales o en montículos artificiales, y contienen ciudades de tamaño y aldeas considerable, que, cuando se ven desde lejos, se asemejan a las islas” (STRABO. XVII, 788-789). Quiero destacar que, hasta este momento, los autores se habían limitado a dar datos técnicos sobre la crecida del río y sobre las causas, ninguno a describirnos cómo era la situación en ese momento; este autor, que sepamos, es el primero.

Diodoro (50 a.C.), al que ya hemos hecho referencia más arriba, utiliza la teoría de Heródoto que nos dice: “el Nilo es por naturaleza tal cual se vuelve durante su desbordamiento, pero, en invierno, el sol, al discurrir a través de Libia, atrae hacia sí mucha humedad del Nilo, y, por eso, durante esa época, el río se vuelve más pequeño contra su naturaleza; pero, llegado el verano, al retirarse el sol en su recorrido hacia el norte, seca y disminuye los ríos de Grecia y los de todo otro territorio situado igual que aquella” (DIODORUS SICULUS. I, 38, 8) y llega a la conclusión de que el autor “fantasea” porque justamente esta argumentación del de Halicarnaso no se da en Libia, para Diodoro la crecida del Nilo es claramente debida a “la multitud de lluvias producidas” (DIODORUS SICULUS I, 38, 12).

Autores posteriores, ya de nuestra era, continuaban asombrados por la crecida del río y podemos leer sobre este acontecimiento en Elio Arístides (117-181 d.C.) que nos dice “creo que soy capaz de resolver esta pequeña cuestión. ¿Por qué crece el Nilo y cuál es el motivo de que este río experimente lo contrario que los demás en el transcurso de las estaciones del año?” (ARISTIDES. XXXVI, 1-2), en su argumentación no solo apoya las refutaciones de Heródoto a las teorías sobre el motivo del crecimiento del río, haciendo una larga argumentación, incluso llega a calificar la teoría de los vientos etesios de “procaz” (ARISTIDES. XXXVI, 1, 9), la argumentación de Eurípides, sobre la nieve de Libia, más arriba reseñada, tampoco sale bien parada de su análisis, diciendo de ella “es aún más ridícula” (ARISTIDES. XXXVI, 1, 13) y la tercera y última teoría, la de la lluvia en el Alto Egipto, defendida por Trasialces (mediados del siglo V a.C.), desarrollada también por Demócrito de Abdera (460-370 d.C.), leemos: “Posidonio dice que fue Calístenes quien aseguró que las lluvias de verano eran la causa de la crecida, aunque Calístenes tomó esta afirmación de Aristóteles y Aristóteles de Trasialces” (Str. XVII 1, 5). Tampoco Heródoto se salva de la crítica, del que dice “llegó a decir pocas verdades” y que “siempre estuviera exagerando”, en realidad sigue una corriente que criticaba al “padre de la historia” de la que también era partícipe Plutarco (PLUTARCH. *De malignitate Herodoti* 854 E- 874 C). Este último autor (45-120 d.C.) defenderá la teoría de Demócrito en su *Isis y Osiris*, introduciendo en su texto mítico-religioso la idea científica de la crecida: “La insidia y la tiranía de Tifón representan el poder de la sequedad que se impone y evapora la humedad que da origen al Nilo y lo acrecienta, mientras que la reina etíope, su aliada, simboliza

los vientos del sur que soplan desde Etiopía; pues siempre que estos se imponen a los etesios, que empujan las nubes hacia Etiopía, e impiden que caigan las lluvias que acrecientan al Nilo” (PLUTARCH. *De Iside et Osiride* 366D).

Otro dato, tratado específicamente por algunos autores, es el relacionado con el principio de la inundación que venía marcado por varios hechos. Por un lado, está el texto de Heródoto que narra la aparición de una garza justamente al amanecer del día que comenzaba la estación de la inundación (akhet) y que asocia al Ave Fénix, mito mucho más factible para su mentalidad griega, siempre intentando buscar explicaciones o paralelismos desde su propio mundo para dar explicaciones de aquellos de la periferia (HERODOTUS. II, 73, 1). Arato (310-240 a.C.) nos cuenta que es la estrella Sirio la que anuncia que la crecida se avecina (ARATUS. *Phaenom.* 330). Coincidió en esta fecha el año nuevo egipcio, es decir, en la estación de verano. “Las características del medio natural no solo se plasman en los mitos cosmogónicos, sino también en la concepción cíclica que los egipcios tenían de la naturaleza” (BOLAÑOS, 2003). Plutarco nos cuenta al respecto “sus almas brillan en el cielo cual astros, y que el alma de Isis es llamada ‘Perro’ por los griegos, y por los egipcios ‘Sotis’” (PLUTARCH. *De Iside et Osiride* 359D) y es que los egipcios solían, según la tradición heliopolitana, identificar a los dioses con los astros, relacionando los hechos naturales con estas estrellas y con el dios (CLERC, 1978). En referencia a esta relación entre Isis y el Nilo, Pausanias (180 d.C.) nos cuenta: “En este tiempo el Nilo comienza a subir, y muchos del lugar dicen que lo que hace crecer el río y regar las tierras de labor son las lágrimas de Isis” (PAUSANIAS. IX, 18). Elio Arístides destaca el orden que guardaba el río en sus crecidas: “el Nilo no solo crece con orden sino que también retrocede de forma ordenada y retoma a su primer estado casi en el mismo tiempo que necesitó para la inundación” (ARISTIDES. XVII, 28).

Para terminar, haré referencia a los testimonios que nos quedan sobre las características beneficiosas de las aguas de la crecida del río con su aportación de limo que hacía del valle un lugar tan ubérrimo. Esquilo nos habla de la “fertilidad de la tierra” (AESCHYLUS. *Persae.* 34) y de que “el agua que hace brotar y crecer la sangre que da vida a los mortales” (AESCHYLUS. *Supplices.* 855) referencia a la que hace mención Heródoto también (HERODOTUS. II, 7, 1). Este último autor nos cuenta: “Desde la costa y hasta Heliópolis, tierra adentro, Egipto es ancho, totalmente llano, y rico en agua y limo” y “su tierra es negra y aterronada en cuanto que se compone de limo y aluviones traídos de Etiopía por el río” (HERODOTUS. II, 12, 3); en Calímaco leemos: “y el Nilo cuando arrastre sus muy fecundas anuales” (CALLIMACHUS. *Hymnus in Delum,* 384, 25); y a Licofrón “y llegará Menelao a Egipto, donde podrá ver las tierras fecundadas periódicamente por el limo de las inundaciones y el propio Nilo que las produce” (LYCOPHRO. *Alexandra.* 855). Asimismo, leemos en Máximo de Tiro: “Entre los ríos el más bello panorama es el Nilo, mas no por la abundancia de sus aguas, pues también es el Istro de buena corriente; sin embargo, el Istro no es fértil, mientras que el Nilo es fértil” (MAXIMUS TYRIUS. *Dissertationes* II, 7) en su comparación entre los ríos más importantes conocidos en aquel momento.

No fue hasta ya el siglo XV de nuestra era cuando aventureros europeos consiguieron llegar a las fuentes del Nilo. Y no fue hasta el siglo XIX cuando realmente se conocieron las fuentes, el descubrimiento se lo debemos a R.F. Burton y J.H. Specke (SPECKE, 2013). El misterio de la crecida del Nilo ya no fue desde ese momento un enigma y hoy en día conocemos su funcionamiento. Sabemos que el río Nilo, a pesar de que actualmente, desde la construcción de la presa de Asuán en los años 60 del siglo XX, no sigue el mismo régimen hidrológico, tenía su crecida anual debido a varios hechos: el denominado Nilo Blanco, cuyo abastecimiento del caudal principal es debido al desagüe en él de otros ríos de grandes dimensiones como el Kagera (Burundi) que al mismo tiempo debe su caudal tanto a las lluvias como al lago Victoria (Uganda), y al Nilo Azul, cuyo nacimiento se encuentra en el lago Tana en las montañas de Etiopía y que es el responsable tanto de la inundación como del limo que arrastra con ella (PARRA, 2009).

Aunque la “egiptomanía” (PÉREZ, GÓMEZ, 2003) entre los sabios griegos fue mayoritaria, hubo también quienes no veían en el Nilo un río paradisíaco. Uno de ellos fue Teofrasto (371-287 a.C.) que dice sobre el río: “Tal vez sea una gran cosa y algo digno de admiración contemplar el hermoso Nilo. [...] El célebre Nilo es, en efecto, hermoso, pero está infestado de alimañas y no es posible ni poner un pie en él, ya que es una auténtica trampa por los grandes peligros que encierra. Ojalá me sea dado tener un túmulo y una sepultura en mi propia tierra. Ojalá me sea posible, rey Ptolomeo, ser coronado siempre con la hiedra ática y cantar en honor de Dioniso todos los años” (ALCIPHRO. *Epistles* IV, 15), parece que el autor no sentía demasiada pasión por Egipto, menos por el Nilo, y tenía deseos de volver a su tierra donde quería ser enterrado.

No quisiera terminar este trabajo sin una frase escrita por Elio Arístides: “este egipcio, poniéndose de pie sobre la muralla de Tebas, levantó un puñado de tierra y una copa con agua proveniente del Nilo, queriendo indicar con ello que mientras no pudiera trasladar a otra parte el mismo Egipto y su río, el Nilo, y no pudiera llevárselos arrastrándolos, nunca se apoderaría de la riqueza de los egipcios sino que, mientras permanecieran en su sitio, con rapidez ellos volverían a tener tales bienes y jamás la riqueza abandonaría Egipto” (ELIUS ARISTIDES. *Discurses*, 86).

La pasión que hoy en día mucha gente siente por Egipto no es nueva. Ya los antiguos griegos la sintieron. Visitaron el país. Investigaron e intentaron responder preguntas que desde su punto de vista heleno creían necesario responder, algunas de ellas probablemente creyesen que el propio hombre egipcio nunca se había planteado, en esa visión de la periferia como bárbara, y por lo tanto, falta de cultura y de sabiduría, así que imaginaban que sin interés por conocer su espacio, como sí lo sentían los helenos. Gracias a estos eruditos nos han llegado datos sobre la visión que tenían los griegos del Nilo. No podemos olvidar que debido a su concepción de que la tierra griega era el centro del mundo, el Nilo era un lugar periférico, así que no intentaban responder a sus interrogantes acudiendo a los sabios egipcios, ellos mismos, considerándose sabios y más sabios que los sacerdotes y funcionarios egipcios, querían resolver los enigmas que se les planteaban. No

podemos olvidar, además, esa visión del otro, por parte del hombre griego, como “resto del mundo”, pero que en el caso egipcio fue a un nivel muy distinto que las otras periferias destacando el sentido de lo exótico, lo extraño, e incluso mágico. Hubo interrogantes sobre el río que nunca pudieron ser respondidos correctamente debido a la falta de un verdadero conocimiento del mismo que aún tardaría muchos siglos en llegar pero no hay duda de que la erudición griega y esa necesidad intrínseca de los amantes de la sabiduría intentó responderlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBALADEJO, M. Acerca de las fuentes empleadas por Agatárquides en su *Sobre el mar Eritreo*. *Libyae Iustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África*, Sevilla, p. 305-318, 2009.
- BOLAÑOS, J. I. El valle del Nilo: de la geografía al mito. *Cuadernos Geográficos*, n. 33, p. 75-103, 2003.
- BRESCIANI, E. *A orillas del Nilo. Egipto en tiempos de los faraones*. Barcelona: Ediciones Paidós, 2001.
- CLERC, G. Isis-Sothis dans le monde romain. *Hommages à Maarten J. Vermaseren*, Leiden, v. I, p. 247-281, 1978.
- CORTEGGIANI, J.-P. *L'Egypte ancienne et ses dieux: Dictionnaire illustré Relié*. París: Fayard, 2007.
- FAULKNER, R. O. *Concise Dictionary of Middle Egyptian*. Londres: Griffith Institute, 1962.
- FUTRE PINHEIRO, M.P. A atracção pelo Egipto na literatura grega. *Hvmanitas*, v. 47, 1995.
- PARRA, J. M. *El Antiguo Egipto*. Madrid: Marcial Pons, 2009.
- PÉREZ LARGACHA, A.; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. *Egiptomanía*. Madrid: Alianza, 2003.
- SPECKE, J. H. The discovery of the source of the Nile, edición Kindle, 2013.
- AECIO. *De placitisreliquiae*. Disponible en: <<http://www.filosofia.org/cur/pre/talesfyt.htm>>.
- ALCIFRÓN. *Cartas de pescadores, campesinos, parásitos y cortesanas*. Traducción de Elisa Ruiz García. Madrid: Gredos, 1988.
- ARATO. *Fenómenos*. Traducción de Esteban Calderón Dorda. Madrid: Gredos, 1993.
- ARISTÓTELES. *Meteorológica*. Traducción de Miguel Candel. Madrid: Gredos, 1996.
- ARRIANO. *Anábasis de Alejandro Magno*. v. 2. Traducción de Antonio Guzmán Guerra. Madrid: Gredos, 1982.
- CALÍMACO. *Himnos, epigramas y fragmento*. Traducción de Luis Alberto de Cuenca y Prado y Máximo Brioso Sánchez. Madrid: Gredos, 1980.
- DIODORO DE SICILIA. *Biblioteca histórica*. v. 1. Traducción de Francisco Parreu Alasa. Madrid: Gredos, 2001.
- ELIO ARÍSTIDES. *Discursos*. v. 5. Traducción de Juan Manuel Cortés Copete. Madrid: Gredos, 1999.
- ESQUILO. *Tragedia*. Traducción de Bernardo Perea Morales. Madrid: Gredos, 1986.
- EURÍPIDES. *Helena*. Traducción de Alfonso Martínez Díez. Madrid: Gredos, 1998.
- FILÓN DE ALEJANDRÍA. *Obras completas*. Traducción de José María Triviño, 1976. Disponible en <<http://www.diostellama.com/pdf/26filondealejandriaobrascompletas.pdf>>.
- HELIODORO. *Las Etiópicas*. Traducción de Emilio Crespo Güemes. Madrid: Gredos, 1979.
- HERÓDOTO. *Libro II, Euterpe*. Traducción de Carlos Schrader. Madrid: Gredos, 1992.
- HESÍODO. *Teogonía*. Traducción de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez. Madrid: Gredos, 1978.
- HOMERO. *Ilíada*. Traducción de Emilio Crespo Güemes. Madrid: Gredos, 1996.
- HOMERO. *Odisea*. Traducción de José Manuel Pabón. Madrid: Gredos, 1993.
- LICOFRÓN. *Alejandra*. Traducción de Manuel y Emilio Fernández-Galiano. Madrid: Gredos, 1987.
- MÁXIMO DE TIRO. *Disertaciones filosóficas*. v. 2. Traducción de Javier Campos Daroca. Madrid: Gredos, 2008.

- PAUSANIAS. *Descripción de Grecia*. v. 6. Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo. Madrid: Gredos, 2008.
- PAUSANIAS. *Descripción de Grecia*. v. 9. Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo. Madrid: Gredos, 2008.
- PLATÓN. *Diálogos*. v. 6. Traducción de M. Ángeles Duran y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992.
- PLUTARCO. *Obras morales y de costumbres (moralia)*. v. IX. Traducción de Vicente Ramón Palerm y Jorge Bergua Cavero. Madrid: Gredos, 2002.
- PLUTARCO. *Obras Morales y de Costumbres*. v. 6. Traducción de Francisca Pordomingo Pardo y José Antonio Fernández Delgado. Madrid: Gredos, 1995.
- PORFIRIO. *Himnos Órficos*. Traducción de Miguel Periago Lorente. Madrid: Gredos, 1987.
- SÓFOCLES. *Fragmentos*. Traducción de José María Lucas de Dios. Madrid: Gredos, 1983.
- STRABO. *Geography*. v. VIII. Translated by Horace Leonard Jones. Harvard: Loeb, 1932.

Recebido em:18/08/2015
Aprovado em:15/09/2015
Publicado em:27/10/2015